

Carta de Inglaterra

Último regreso

Jordi Doce

Un viaje relámpago a Inglaterra me ha proporcionado la ocasión de recorrer los paisajes y ambientes que hasta hace muy poco eran mi residencia. Es bien extraña esta sensación de pasearse como un furtivo por las calles donde uno vivió. No importa el tiempo transcurrido: tan pronto nos vamos o decidimos irnos, las cosas se muestran tras un velo que las aleja y petrifica. Esa distancia es nuestra, por supuesto: es una forma germinal de la memoria, un principio de recuerdo que se planta entre nosotros y el mundo y nos expulsa del presente. Recuerdo ahora el verso de un amigo («esto que toco es pura lejanía») que viene a resumir o encarnar mi estado de ánimo mientras paseaba por las calles ceñudas de Sheffield. Es decir, este presente no es mi presente: cruzo el espacio del recuerdo, toco las formas pétreas de lo que viví. Este velo de distancia es también un velo de irrealidad. El gris violento del cielo de diciembre (un cielo de lluvia inminente) fluía como una proyección privada de mis caprichos y analogías. A menudo imagino las ciudades en que he residido como barrios o suburbios de una misma ciudad de la memoria. El resultado es una red compleja, hecha de saltos y aposiciones sin solución de continuidad. Camino por las calles de Gijón y aterrizo en las veredas atechadas del parque de Magdalen College. Asciendo penosamente entre el brezo y el granito del páramo de Sheffield y contemplo las aguas turbias del Cantábrico. Esta ensoñación es particularmente intensa en la tierra de nadie del viaje, abstraído por igual de los escenarios que la sostienen. Son extraños los trucos de la mente. Pues el trayecto, lejos de confirmar la distancia entre dos puntos, se convierte en el cimientamiento de su fusión. Soy incapaz de relacionar las incomodidades del viaje con la lejanía real (geográfica) que separa una ciudad de otra. La memoria está más viva que el presente. O dicho de otro modo: vemos el presente con los ojos del recuerdo, de lo que se vivió, de lo que se pensó o imaginó en otro tiempo. En mi caso, la existencia de páginas que trataron de dar cuenta de mis años en Inglaterra confunde aún más la situación: lo escrito (mejor o peor) es otro velo, un tamiz suplementario que me condena a remedar impresiones antiguas, curiosidades gastadas, sorpresas que ya

no son tales. La palabra cierta en retrospectiva. En su momento me pareció insuficiente, demasiado torpe para recoger todos los matices y zonas de sombra de la experiencia, todos los enlaces e imbricaciones entre los distintos planos de la realidad. Pero lo que quedó fuera de esa palabra ha dejado de existir, no lo recuerdo, se ha desvanecido en los márgenes. Lo escrito, no importa su valor, ejerce una estrategia de tierra quemada que lo convierte en portavoz único de la memoria. Acierta porque nuestra memoria es su versión: habitamos un dominio hecho a su medida. De ahí mis dudas sobre la conveniencia o la oportunidad de llevar un diario. Consignar lo sentido y lo vivido, anotar la idea insistente o la impresión tenaz es un modo, el más inmediato, de que algo quede. Pero lo que queda no puede (por definición) dejar espacio para más. Poco o mucho, empuja al olvido otros ramales, otras posibilidades. No se me escapa que en este asunto, como en otros, no hay elección: el que escribe cumple una necesidad íntima que difícilmente puede atender a las consecuencias en su propia persona. Sospecha tal vez la reducción de su existencia a unas pocas páginas inflexibles, pero algo le impide fiarse de una memoria tan fluida como volátil: lo que está en el aire puede escapar a los ojos, no mostrarse con claridad, dispersarse sin remedio. Caminar es descartar caminos. El que está quieto imagina cualquier rumbo, pero el cumplimiento exige un paso, sumar huellas.

Durante mi breve estancia de dos noches en Sheffield me hospedé en casa de un antiguo colega de la Universidad. La primera mañana, aprovechando la intermitencia de la lluvia, decidí caminar hasta el campus y el centro urbano. Cuatro kilómetros a paso ligero que me permitieron mirar de nuevo un paisaje conocido: laderas tapizadas por tejas de pizarra; el vuelo insolente de los cuervos; muros y edificios negruzcos, de un granito áspero que lleva en sí la memoria de los humos industriales; las ramas peladas, como groseras escobas, de las hayas y los castaños; calles que repiten hasta el infinito la misma fachada; rebaños de *terraced houses* en penumbra; la quietud solitaria de las aceras; la pátina del hollín en los acebos; aquí y allá, una iglesia pesada y oscura; las rugosas lápidas de los cementerios entre matojos y setos revueltos; la sorpresa roja de los buzones; la discreción orgullosa de las tiendas, con sus escaparates antiguos y sus escalones des-pintados; el ladrillo granate de talleres y chimeneas; portones y verjas de hierro forjado que dan de improviso a callejas en ruinas; y, por encima de todo, la claraboya gris de un cielo que no cede, recorrido de tanto en tanto por gaviotas y nubes blanquinegras. Ocho años después de mi llegada a Sheffield volvía a repetir los mismos itinerarios. Con la diferencia de que ahora transitaba una escena codificada en las frases e imágenes que habían acompañado la sorpresa de la primera o la segunda vez.

El exceso de detalle no impide, sin embargo, que esta descripción pueda aplicarse a otras ciudades del Norte inglés. Manchester, Leeds, Bradford o Hull (hogar del esquinado Larkin) son urbes maltratadas por la industria y la ingenua insensatez de sus gobernantes. Los planes de ordenación urbanística aprobados a comienzos de los sesenta trataron de limpiar sus calles de adherencias victorianas, derribando talleres y naves industriales, abriendo nuevos accesos y avenidas, diseñando ámbitos a la medida de su optimismo. Las chimeneas de ladrillo dieron paso a enormes bloques de hormigón destinados a familias obreras y los adoquines se rindieron al asfalto de rotondas y autovías. Los planos y dibujos de la época despiertan ahora una sonrisa agridulce. La imaginación de los urbanistas creó paraísos geométricos, jardines de hormigón y cristal recorridos por siluetas indistintas. En ese mundo ideal, demasiado parecido a las ilustraciones de los cuentos de Arthur C. Clarke o Ray Bradbury, el orgullo de los proyectistas se desbocó. Fueron los años de los paseos subterráneos, de las plazas en medio de rotondas, de las grandes autovías recorriendo el espinazo de la ciudad. El resultado fue la creación de espacios huraños, hostiles al paseante, llenos de sombras y arideces. En apenas veinte años, la resplandeciente modernidad del hormigón desveló su cara oculta: los pasos y soportales se convirtieron en refugio de mendigos y drogadictos, el humo y ruido de los coches vació las plazas, las antiguas torres fueron desmanteladas. Recuerdo que una noche de otoño, conduciendo por callejas no muy alejadas del campus en busca de una tienda de vinos (los famosos *off-licence*), desemboqué por error ante el patio de entrada de uno de aquellos bloques de apartamentos. La oscuridad era tan cerrada que no advertí mi error hasta que hube rebasado un par de salientes del muro que hacían de entrada. El edificio resonaba débilmente en mi memoria: gracias a él, su autor había obtenido a principios de los sesenta un prestigioso premio de arquitectura. A la luz de los faros, no obstante, mostraba un aspecto ruinoso: pintadas en los muros, basuras apiladas, sacos terreros sobre la hierba rala. No se veía un alma: tan sólo una tenue luz en un balcón y el parpadeo de los anuncios luminosos en la autovía colindante. Volví a recordar aquella escena cuando medio año después las máquinas derribaron sin piedad la estructura. Era difícil relacionar mi sobresalto nocturno con la extensión de ruinas y cascotes que divisaba desde el tácito refugio de la oficina. Se me confirmó entonces el rostro doble, contradictorio, de la ciudad inglesa: la pervivencia pegajosa de la noche en los escenarios más comunes despierta violencias, desvaríos, deformidades. Lo anodino se vuelve amenazante y lo inerte acciona los resortes del temor. El país de Jeckill y Hyde o Jack el Destripador tiene buena conciencia de esta doblez: su fascinación por la

literatura criminal y la deducción detectivesca es el resultado de un largo trato con el mal y su encarnación humana. Es una fascinación pragmática: el mal existe y el trabajo de la lógica es descubrirlo. Pero es también una fascinación que prolonga e incluso anima la existencia de su enemigo. Por alguna razón, los ingleses han logrado crear un país más oscuro del que recibieron. Toda su arquitectura y su urbanismo, la disposición de sus calles y viviendas, es el testimonio de una pasión (no del todo consciente) por la noche y sus fantasmas. Hasta en sus diversiones (esos *pubs* de maderas y moquetas envejecidas) parecen buscar la penumbra del agujero o la caverna.

Vista desde esta perspectiva, la actitud de aquellos esforzados urbanistas es un poco inexplicable. En sus planos y bocetos, los mismos que habrán engordado algún catálogo conmemorativo, siempre lucía el sol, la blancura sospechosa de lo irreal, como si hubieran olvidado que Inglaterra vive las tres cuartas partes del año en un reino de oscuridad y frío. Pero ni Sheffield ni Leeds, por nombrar ciudades que conozco bien, eran la California que aparecía en los libros de sus maestros, ni sus calles esas ilustraciones desencarnadas que habían logrado desterrar de sí el tiempo. El hormigón se tiñó muy pronto de humedad y el exceso de asfalto convirtió las ciudades en autopistas habitadas. Este es el contexto que explica y hasta justifica los denuestos y críticas del príncipe Carlos a las aberraciones de cierta arquitectura moderna. Sus intervenciones han tenido mala prensa y es poco seguro que sus gustos (puro revisionismo *kitsch*) constituyan una alternativa razonable, pero el origen de su protesta es comprensible y compartible para cualquiera que haya pasado un tiempo en la isla. La recesión de los primeros ochenta propinó, además, un golpe casi definitivo a estas ciudades. El cierre de numerosas explotaciones mineras y la dura reconversión industrial de la que fue objeto el sector metalúrgico abrieron una brecha entre Norte y Sur, condenando a amplias capas de la población al paro o a la marginalidad social. Esta es la sociedad que protagoniza las mejores películas de Ken Loach (*Lloviendo piedras*) o que Peter Reading retrata con verbo ácido y descoyuntado en su poesía. Una sociedad hecha de restos y pervivencias, sometida al empuje constante de fuerzas disgregadoras. La falta de una genuina sensibilidad urbanística ha sido una de ellas, y no precisamente la más débil. La mezcla sincrética de modas y estilos no es sólo un síntoma de la disgregación, sino también su motor oculto: el confinamiento de barrios enteros tras nudos de autovías y la desertización de las calles, convertidas en lugares de paso, han creado bolsas de miseria que conviven precariamente con la vecindad de unos pocos barrios prósperos. El Sheffield que yo conocí a principios de los noventa era un museo de espacios muertos y